

DE ARGENTINA A LAS NACIONES



LA ADAPTACIÓN DEL MISIONERO

AGO 2025

NÚMERO
36

LA ADAPTACIÓN DEL MISIONERO

Tal vez uno de los primeros trabajos de un misionero el más invisible de todos. Sin embargo, de ese primer trabajo puede depender toda su experiencia ministerial en un nuevo país. Y estamos hablando de su adaptación a la cultura del país receptor.

Toda adaptación es un proceso, que puede ser acompañado por ciertas crisis, más o menos fuertes, dependiendo de las cualidades propias, y de la distancia cultural. No obstante, siempre requiere de tiempo, puede ser desgastante y probablemente sea frustrante en muchos niveles.

Decimos que es un trabajo casi invisible, pues son cosas que no llaman la atención. Aprender a decir gracias, saber cómo comprar en el mercado local, experimentar a veces por las malas qué cosa natural para uno no es bien vista en el país receptor. Todos pequeños logros, que a veces no tienen un sabor a victoria pues solamente se están aprendiendo las cosas más básicas que hemos hecho mil veces en nuestro país, pero que aquí se hace diferente.

Pero también decimos que es un proceso fundamental, pues de nuestra capacidad para aprender dependerá cuán efectivos vamos a ser para desarrollarnos ministerialmente, para comunicar el mensaje de Salvación, o para desenvolvemos naturalmente en otro país, lo que consumirá menos tiempo que puede ser dedicado a la tarea que nos hemos propuesto.

En el día de hoy leeremos testimonios de misioneras que han pasado por ese proceso para entender cómo se vive desde adentro, y también compartiremos ideas al respecto que nos ayudarán en nuestro llamado, o para enviar mejor a otros.

INDICE

- **Pág. 2 - Editorial.**
- **Pág. 4 - “Mi adaptación en Francia”, por Natalia Oyola Torres.**
- **Pág. 10 - “Un viaje de obediencia, fe y aprendizaje”, por Natalia y Marcos Escucharini.**
- **Pág. 17 - “El desafío de comprender y llegar a culturas dispares”.**
- **Pág. 23 - “El misionero como peregrino cultural”.**
- **Pág. 30 - “¿Qué tan bien te adaptas, flexibilizas y ajustas a otras culturas?”.**
- **Pág. 35 - “¿Por qué las personas no se adaptan a una nueva cultura?”.**



DEPARTAMENTO NACIONAL DE MISIONES

DIRECCIÓN GENERAL

Rubén Alegre

EDICIÓN Y DISEÑO

Matias Pecile - mepecile@gmail.com

CORRECCIÓN

Clarisa Sokoluk

CONTACTO OFICINAS

Av. Rivadavia 4152 (C1205AAN) - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

TEL.: (54-11) 4958-5095 / 5195

EMAIL: recepcion@dnmargentina.org

**“LOS SABIOS SE ADAPTAN A
LAS CIRCUNSTANCIAS, COMO
EL AGUA SE AMOLDA AL
CÁNTARO”**

- PROVERBIO CHINO -





MI ADAPTACIÓN EN FRANCIA

POR NATALIA OYOLA TORRES



Muchas veces pensamos que un misionero debe abrir iglesias, predicar, evangelizar, enseñar, etc. Y si, es verdad, pero solemos olvidar que hay un proceso del que poco se habla, y es sobre la etapa de adaptación a la nueva cultura e idioma. Olvidamos o ignoramos que esta etapa es tan importante como el “cumplir con la misión”.

El primer año fue muy desafiante, llegamos pensando que hablábamos un poco el idioma, pero luego nos dimos cuenta de que lo que sabíamos no era ni la base de lo que necesitamos. Adaptarte a otro idioma, entenderlo, hablarlo, pensar y comprender las expresiones, no fue nada fácil... En otras palabras, puedo decir que la adaptación es como nacer de nuevo, literalmente. Porque hay que aprender a hablar, caminar, comer, expresarse, vestirse, etc....

Me gusta esta expresión de “nacer de nuevo” porque uno debe de reaprender a hacer todo. Al principio, en los primeros cultos en la iglesia, todo era nuevo, las alabanzas, las prédicas, la organización del culto, el estilo de la iglesia, todo era “llamativo”, pero después de unos meses, ya no era tan lindo... sentía que había perdido mi tiempo de alabanza, porque lo que estaba aprendiendo a cantar, no era en mi idioma y tampoco entendía todas las palabras.

Tenía que leer todo el tiempo las letras y al hacerlo, tenía la sensación de estar más concentrada en entender lo que se estaba cantando que en adorar a Dios. Lo mismo era con las predicas, por momentos la gente decía “amen” y yo no entendía el por qué, o se reían, pero yo no había entendido el chiste o el ejemplo que el pastor había dado. Una vez, uno de los predicadores había hecho un llamado al altar, y veo que todo el mundo pasa adelante, excepto yo... algunos me miraban medio raro; al finalizar me acerco al predicador y le pregunto bien cual había sido el llamado, y su respuesta fue: “que todos los que sabían que habían nacido de nuevo, pasen al frente y juntos adoremos al Señor”.

Bueno, pueden imaginarse mi corazón y mis pensamientos en ese momento... “la misionera, esposa del pastor Juan no ha nacido de nuevo” me sentía muy avergonzada... después aprendí a reírme de estas situaciones y a preguntar al que está a mi lado, si algo no había entendido...

Uno de los momentos más duros para mí, en cuanto a la adaptación, no tuvo nada que ver a la cultura, porque el respeto y la gentileza de los franceses, es digno de admirar, al menos aquí en el norte. Uno puede caminar por las calles con paz, al cruzar las calles los autos frenan y te ceden el paso. Todo está ordenado y limpio. Esas son cosas que dan gusto adquirirlas y no es difícil adaptarse. Pero, todo lo que tiene que ver con mi relación con Dios, eso fue lo más duro... aprender a leer la biblia y hacer mis devocionales en francés, sentir que entiendo el cincuenta o sesenta porcientos de lo que leo, eso no me gustaba.

Aprender a adorar a Dios en francés, al principio fue una molestia, me sentía limitada. El estilo de alabanza en Argentina es muy diferente al de aquí, extrañaba los coros de alegría, de guerra espiritual o esos que hacen que toda la iglesia dance o aplauda mucho. Aquí todo era más lento, otros ritmos. Luego aprendí canciones muy hermosas, que no existen en español y que me conectan directo al corazón de Jesús y encienden el fuego el Espíritu Santo en mi interior.

Aprender a orar en francés... eso sí que fue mi quiebre. Un día, mientras oraba, le dije a Dios: “¿Por qué tengo que hablarte en otro idioma?”.

Por más de treinta años he hablado con vos en español. Es como si le pidiera a mi hijo que no me hable más en español y que ahora solo me hable en francés. Esto me parece injusto. Entiendo que los franceses necesitan entender lo que oro, pero siento que no puedo fluir en un idioma en el que no estoy acostumbrada a hablar con vos". Claramente, sentí que Dios se reía como un padre cuando sus hijos se quejan de cosas que no son tan graves, y luego llenó mi corazón de paz y de amor. Hoy amo mezclar los dos idiomas y por momentos, aun en mis tiempos de a solas con Jesús, prefiero orar en francés, memorizo versículos y los tiempos de alabanza los disfruto de una manera inexplicable.

Un dato interesante, es que aquí la mujer no es reconocida como pastora y tampoco puede predicar, esto es en regla general. El pastor principal de la iglesia puede autorizar a una misionera a predicar, pero no es tan sencillo. La mujer es "la esposa del pastor o del misionero". Dios en su gran amor y misericordia, preparó mi corazón antes de salir de Argentina, y esto fue lo que me ayudó en toda la adaptación, respecto a lo ministerial. Durante los dos primeros años, simplemente fui "la esposa del misionero" y en ocasiones este nuevo "título", por así decirlo, tocó muy fuerte mi orgullo y por momentos me sentía excluida de todo.

Si bien podía compartir una enseñanza con los niños, adolescentes y jóvenes, sentía que algo me faltaba. Porque siempre hicimos todas las cosas los dos juntos como matrimonio, y esta vez todo era muy diferente. Lo único que hice, fue someterme a lo que Dios me había ya hablado y actuar en obediencia a su palabra. Siempre respetando la cultura del país, entendiendo que culturalmente la mujer no tiene su propio ministerio y que simplemente será "la esposa de".



Esto fue así hasta que una pareja de jóvenes me pidió que predicara en su casamiento; mi respuesta fue “voy a preguntarle al pastor principal si esto es posible, porque entiendo que en teoría no se puede, por lo tanto, no puedo darles una respuesta ...” fui a hablar con el pastor y con mucho gozo me respondió que sí, porque él podía ver que yo no era simplemente “la esposa del misionero”, él reconoció que los dos fuimos llamados por igual.

Mi corazón se llenó de gozo y pude predicar en un casamiento, esto fue un hecho histórico, porque nadie recordaba que una mujer haya predicado en un evento así... Sin lugar a duda, más allá del favor de Dios y de que Dios hace todo de manera perfecta, eso es parte del fruto de respetar la cultura y de aprender a adaptarse a los nuevos cambios con amor, paciencia y fe en aquel que nos llamó.

Para concluir con mi testimonio, me gustaría simplemente volver a hacer hincapié en que la adaptación ha sido para mi un volver a nacer. Tuve que aprender a hablar, pensar, orar, leer, enseñar y vivir, no como una francesa, pero sí como Dios quiere que lo haga. No basándome en una cultura terrenal, sino en la cultura del reino de Dios, y en esta cultura existe el respeto, la honra, el servicio, la paciencia, el amor y la entrega. Si logramos vivir así, entonces sabremos adaptarnos a todo tipo de cultura, aferrándonos cada día al poder inigualable del Espíritu Santo.



**EL CAMBIO ES LA LEY DE LA
VIDA. Y QUIENES SOLO MIRAN
AL PASADO O AL PRESENTE, SIN
DUDA SE PERDERÁN EL FUTURO**

- JOHN F. KENNEDY -



UN VIAJE DE OBEDIENCIA, FE Y APRENDIZAJE. NUESTRA EXPERIENCIA DE ADAPTACIÓN A LOS PAÍSES BAJOS

POR NATALIA Y MARCOS ESCUCHARINI



Tomar la decisión de mudarse a otro país es siempre un desafío, pero hacerlo como familia misionera tiene un matiz profundo de propósito y expectativa. En 2023, llegamos a Países Bajos a través de una oportunidad laboral, convencidos de que este era el lugar donde Dios quería usarnos en esta temporada de nuestra vida. Ahora, después de 27 meses desde aquel paso de fe, miramos hacia atrás y vemos un camino lleno de retos, aprendizajes y una gracia que nos ha sostenido día a día.

Llegar a un país tan diferente al nuestro como es Países Bajos nos confrontó en muchos sentidos. Te haces amiga de la idea de estar en constante adaptación. Para empezar, mudarse a un país donde no hablábamos el idioma fue uno de los mayores desafíos que enfrentamos como familia. Hemos aprendido que la multiculturalidad es parte del ADN neerlandés, y esto nos ha facilitado un poco la adaptación en ese sentido. Por un lado, hoy estamos en una iglesia de habla hispana, donde traducimos el servicio al inglés, y en general, con el inglés uno puede relacionarse en la mayoría de los lugares. Nuestro próximo desafío para Marcos y para mí, en estos próximos tres años, es aprender el idioma local: el neerlandés.

En todo este proceso, identificamos tres prioridades fundamentales que guiaron nuestros pasos como familia en esta etapa de adaptación. Primero, enfocamos toda nuestra atención en el bienestar de nuestras hijas, Isabella y María Paz, asegurando que lograrán integrarse al sistema escolar y aprendieran el idioma. Esto implicó una dedicación exclusiva por parte de uno de nosotros, participando activamente en la escuela y fomentando relaciones con otros niños de su edad. Hoy nos llena de gratitud ver que ambas ya hablan el idioma local y que Isabella ya ha comenzado a estudiar inglés, lo que consideramos un claro testimonio de la gracia que Dios derrama sobre los hijos de familias misioneras, preparándolos también para este tipo de ministerio.

Segundo, nuestro llamado como misioneros bi-vocacionales nos confrontó a abrirnos camino no solo en el ámbito ministerial, sino también en el laboral: mientras yo me integraba a un nuevo entorno profesional y colegas, Marcos enfrentó el desafío de comenzar en un rubro completamente distinto al que conocía. Invertir tiempo en aprender los códigos locales y ganar confianza en estos lugares nos significó muchos meses, pero valió la pena para tener un nuevo lugar de pertenencia y una nueva posición.



La familia en 2023, recién llegados a Países Bajos

Por último, este proceso nos enseñó que es importante valorar la flexibilidad, pero también la buena planificación de nuestros tiempos para no agotarnos. Ser cuatro y no tener más la contención de la familia y amigos no es algo menor. Planificar nuestros días, semanas y meses nos permitió avanzar con pasos firmes. Pero lo más valioso fue cómo nos transformó como familia. Cada uno comenzó a colaborar en distintas tareas, no solo en casa sino en la iglesia. Aprendimos a apoyarnos, a celebrar los logros del otro y a discernir qué es lo importante cuando apura lo urgente.

Recuerdo que los primeros meses mi oración solía ser: “Señor, ayúdame a poder tomar esta reunión, a estar concentrada”, y mientras tanto mi hija Paz, que tenía dos años, daba vueltas mientras yo tenía que dar un entrenamiento. Otra oración era: “Señor, que mi hija Isabella venga con una linda anécdota del colegio”, ya que todos los días, los primeros seis meses, volvía llorando. Todas estas oraciones me enseñaron a ser más humilde... a que muchas veces, por más capacitación o recursos, todo se siente insuficiente sin esas fuerzas que nuestro Padre nos da. El Señor me enseñó el valor de la oración más simple, y empecé a ver milagros en lo más cotidiano; empecé a valorar más lo que damos por sentado.

Otro punto importante es recordar permitirse empezar con algo, acertar y también... errar. Aprendimos que el deseo de hacer, de generar impacto, a veces nos hizo perder el enfoque, errándole al blanco y enfrentando la realidad de que la iglesia que hoy construimos no se parece necesariamente a la que imaginamos al llegar. Aprendimos que entender los tiempos y las temporadas del Espíritu Santo es uno de los mayores desafíos, y que la flexibilidad para adaptarnos a lo que Dios está haciendo aquí y ahora resulta fundamental. Saber escuchar, discernir y actuar conforme a la necesidad del Reino en este lugar ha sido una lección invaluable.

2025



Hoy, como familia misionera, comprendemos que cada familia tiene un llamado propio y único, diseñado por Dios para este tiempo. Es por eso que, antes de cerrar este artículo, queremos compartirte tres consejos que han sido anclas en nuestro caminar y que quizá puedan inspirarte a vos y a tu familia si en algún momento te encontras en un proceso similar:

1. Aferrate a la palabra Rhema que Dios te dio.

Cuando Dios nos hablo a través del pasaje de Ester 4:14, esa promesa se volvió nuestra palabra Rhema como familia, recordándonos que no estamos aquí por casualidad. Dios espera que seamos personas llenas de gracia ante quienes nos rodean, porque usa precisamente los lugares donde tenemos influencia para que su Reino se extienda en la tierra. A veces el llamado es desafiante, pero regresar a esa palabra Rhema nos ha dado dirección y esperanza en los momentos de mayor incertidumbre.

2. La clave es la obediencia, aunque no veas nada.

Obedecer es un acto de fe. Dios prometió acompañarnos incluso cuando obedecerle resulte difícil y confronte nuestra humanidad. Él nunca dijo que sería más sencillo que lo que Jesús mismo padeció, pero sí nos aseguró que ya había vencido al mundo y nos prometió la morada permanente de su Espíritu Santo para ayudarnos. La obediencia, aún en lo oculto y silencioso, nos sostiene y abre caminos donde antes no los veíamos.

3. Dios va a usar las herramientas que tenés.

No importa si sentís que la preparación que tenés no es suficiente, recuerda que Dios le preguntó a Moisés en Éxodo 4:1-5: “¿Qué tenés en tu mano?”, y al responder Moisés que tenía una vara, Dios le enseñó que usando esa “herramienta” en su “Nombre” iba a hacer milagros para su gloria. No son las herramientas, sino su presencia a través tuyo. También es importante confiar en que Dios irá poniendo personas en tu camino para complementarte y acompañarte en tu nueva labor ministerial.

Esto es solo un poco de lo que seguimos aprendiendo en este tiempo, creciendo en fe, convencidos de que nuestra historia en Países Bajos aún tiene muchas páginas por escribirse.

Un abrazo,
Natalia y Marcos Escucharini

LA ACCIÓN Y LA ADAPTABILIDAD CREAN OPORTUNIDADES

- GARRISON WYNN -



RASGOS DEL MISIONERO: ADAPTABILIDAD

Los misioneros deben ser adaptables. Deben poder adaptarse a una multitud de circunstancias, como nuevas culturas, costumbres, ritmos de vida, condiciones climáticas adversas, comidas extrañas e idiomas difíciles, por nombrar solo algunas. Todo esto se suma a las presiones cotidianas que conlleva criar una familia y ministrar.

Si un misionero no aprende a adaptarse rápidamente, lo más probable es que se sienta miserable o ineficaz. Cualquier pequeño inconveniente le parecerá un sufrimiento por el Evangelio. Si se deja llevar por la autocompasión, lo más probable es que lo lleve a abandonar el país prematuramente .

Al hablar sobre la necesidad de adaptabilidad, Thomas Hale lo expresa claramente:

«El campo no se adapta a ti, tú te adaptas al campo».

Esta realidad puede ser difícil para nosotros, los estadounidenses, acostumbrados a entrar y salir fácilmente de situaciones que nos resultan incómodas. Las pequeñas comodidades a las que recurrimos cuando nos sentimos estresados e irritados pueden no estar fácilmente disponibles. Es en estos momentos cuando más necesitamos la fortaleza interior para «adaptarnos y superar ».

Una de las asistentes de nuestra iglesia local me dice que le encanta trabajar conmigo porque soy flexible. ¡El encargado de misiones debería ser conocido como el más flexible, el más adaptable! Debería tener una actitud de “no hay problema” y confiar en la soberanía de Dios sobre las circunstancias de su vida.



LA ADAPTABILIDAD ES EL SECRETO DE LA SUPERVIVENCIA

- JESSICA HAGEDORN -





EL DESAFÍO DE COMPRENDER Y LLEGAR A CULTURAS DISPARES

De niña, me deleité con todos esos libros que mi madre había traído a casa: Tommy va a África, Novia en el Amazonas y La reina inteligente de Eric B. Hare. Los libros cumplían su función, y así, un día, anuncié que sería misionera en el río Amazonas, en África. Tenía nueve años. Obviamente, necesitaba repasar a fondo mi geografía antes de que mi sueño se hiciera realidad. Pero habría más, mucho más, que tendría que aprender, y desaprender, para ser misionera.

Crecí en un pequeño pueblo y asistíamos regularmente a la iglesia. Fue allí donde adquirí mi primera idea de cómo se hace la iglesia. Nuestra congregación era pequeña en comparación con las demás del pueblo, pero teníamos suficiente en común como para nutrir y reforzar en mí una idea saludable de la “iglesia”.

Aprendí a mostrar reverencia en silencio, a cantar himnos, a nunca masticar chicle en la iglesia, a usar siempre mis mejores zapatos lustrados y a arrodillarme o permanecer de pie en silencio para orar. Además de estas lecciones generales, aprendí a ser un “buena cristiana”: qué vestir, pensar y ser. Para cuando estaba lista para la universidad, dominaba prácticamente todo el mundo de la iglesia. Obviamente, iba por buen camino para ser un buen misionera.

En la universidad, me especialicé en educación y me especialicé en teología. Parecía una buena combinación, sobre todo para una mujer que quería ser misionera. Al graduarme, me sentí lista para ir. Solo tenía que esperar un “llamado”. Después de todo, Dios me había llamado a los nueve años.

Finalmente, fui al campo misionero, no al Amazonas, sino al Lejano Oriente, donde serví durante 23 años en Singapur y Tailandia como maestra, decana de niñas, pastora y administradora escolar. No fue todo lo que había soñado. Fue más en muchos sentidos, menos en otros, y diferente en todos. Con el tiempo, la sorpresa fue que gran parte de mi juventud había sido, en realidad, bastante ineficaz para prepararme para afrontar algunos de los mayores desafíos de las misiones.

EL MISIONERO A TRAVÉS DE LAS CULTURAS

Un misionero transcultural es alguien que deja la comodidad y familiaridad de su cultura para ir a un lugar donde el evangelio necesita ser presentado. Anhelaba ir como maestra, plantadora de iglesias, trabajadora médica o en cualquier otro puesto. Y para esta misión especial, una misionera debe estar preparada.

Obviamente, el primer requisito para un misionero es el compromiso de seguir la guía de Dios, junto con una profunda fe y confianza en su amor, poder y disposición a estar con nosotros siempre, hasta los confines de la tierra (Mateo 28:20). Después, el misionero suele necesitar algún tipo de capacitación laboral, como pastor, médico, contador, lo que sea.

Luego viene toda una serie de otras necesidades: flexibilidad, sentido de aventura, capacidad para trabajar en equipo, conocimiento del nuevo lugar de servicio, flexibilidad... creo que ya se hacen una idea.

El mayor desafío de todos es adaptarse al cambio cultural. La cultura afecta todo lo que hacemos y pensamos. Afecta el tipo de música que nos gusta, la comida que comemos, la forma en que criamos a nuestros hijos, cómo hablamos con nuestros padres y prácticamente todo en nuestras vidas. También afecta lo que creemos y valoramos (lo que es bello o feo, bueno o malo, cortés o descortés, apropiado o inapropiado).

En el nivel más profundo, afecta nuestra visión del mundo: qué es real (los espíritus o Dios), qué es plausible (ir a la luna o tener “mal de ojo”) y cómo percibimos el tiempo y el espacio. Nuestra cultura es tan integral, gobernando todo lo que pensamos y hacemos, que no somos conscientes de su impacto. Pero está ahí, definiendo discretamente lo que es “normal”, ayudándonos a tomar “decisiones racionales” y permitiéndonos funcionar de forma razonablemente integrada en el día a día. Solo cuando nos topamos con una cultura diferente, nuestra propia cultura se hace plenamente evidente.

Cuando nosotros, como misioneros, vamos a otra cultura, nos encontramos cara a cara con una cultura diferente pero igualmente válida, y rápidamente descubrimos que en los tres niveles (comportamientos externos, creencias y valores, y visión del mundo) hay diferencias importantes.

Algunas de estas diferencias pueden deberse al clima y la geografía. Algunos alimentos estarán disponibles y otros no, lo que dificulta comer hojuelas de maíz para desayunar y papas para almorzar en muchos lugares. Otras diferencias son resultado de siglos de historia, religión y tradición diversas.

En el mundo actual, no es necesario trasladarse físicamente de un país o grupo cultural a otro para afrontar este desafío. La globalización y la migración masiva han creado situaciones multiculturales en todas las grandes ciudades del mundo. La mayoría de las iglesias actuales tienen congregaciones multiculturales con personas de diversos grupos étnicos. Los pastores se enfrentan a las mismas preguntas que los misioneros sobre la adoración, el comportamiento, las normas y otros temas culturales.

Cuando un misionero o pastor se encuentra con una nueva cultura, su visión de la “normalidad” se desvanece. Los comportamientos y productos familiares, las señales de comportamiento habituales y los valores y creencias habituales se ven desafiados. La vida adquiere una sensación surrealista.



ADAPTACIONES CULTURALES

Por necesidad, los misioneros deben realizar grandes adaptaciones culturales. No se trata solo de cierta flexibilidad; es mucho más que eso. El misionero debe ser como un niño y comenzar a aprender poco a poco las manifestaciones externas de la nueva cultura, así como lo que subyace a los comportamientos, creencias, valores y cosmovisiones de esa cultura. En lugar de juzgar todo según su propio criterio de lo “normal”, los misioneros deben revisar y ampliar ese criterio en casi todos los aspectos.

Las formas tradicionales de vida de la gente —su alimentación, sus casas, su ropa, sus medios de transporte, sus juegos y deportes, sus cantos y su culto— no son intrínsecamente correctas ni incorrectas. Los ministros y misioneros deben llegar a conocer, comprender y, en última instancia, aprender a apreciar las nuevas y diferentes maneras de hacer casi todo.

Desafortunadamente, nuestra propia cultura tiende a interponerse en nuestro camino a cada paso. Como resultado, la primera tendencia siempre es atribuir negativamente todo lo que difiere de nuestras costumbres. Tendemos a juzgar estas diferencias como absurdas, erróneas, ineficientes, malvadas, estúpidas, derrochadoras, retrógradas, etc.

El culto es uno de los aspectos más delicados para los líderes religiosos y misioneros. Tuve que aprender que no todas las iglesias tenían que parecerse a las de mi pueblo, ni todos los servicios religiosos debían seguir los mismos patrones que los que asistía de niña.

Aunque los pianos y los himnos son maravillosos en algunos lugares, tuve que aprender que el simple canto de un himno o salmo tiene más significado si esa es la forma de expresión cultural aceptable en otra cultura.

Se pueden usar muchos instrumentos musicales diferentes para alabar a Dios. Insistir en que la gente use zapatos lustrados para ir a la iglesia sería absurdo cuando se usan sandalias de goma y la cultura exige dejarlas en la puerta para mostrar verdadera reverencia. Sentarse con las piernas cruzadas en el suelo o incluso postrarse puede ser una posición más apropiada para orar que estar de pie o arrodillado en mi infancia.

Tanto en la vida como en la adoración, vemos en la Biblia un mosaico de culturas, en las cuales y a través de las cuales Dios ha obrado para cumplir su propósito. Rara vez cambió algo en la vida cotidiana de las personas y casi siempre actuó dentro de su concepto de “normalidad”, tanto en la vida como en la adoración.

Durante la vida nómada de Abraham y Sara, Dios se reunía con ellos en altares sencillos esparcidos por toda Mesopotamia. Instruyó a los israelitas errantes a que le construyeran una tienda de campaña para que pudiera vivir como ellos. Más tarde, habitó en un magnífico templo “digno de un rey” durante el período del reino.

Las reuniones de las comunidades del Nuevo Testamento eran radicalmente diferentes de las que pudieran haber tenido lugar durante el período patriarcal. Siempre vemos a Dios adaptándose a las costumbres del pueblo al que se dirigía.

JESÚS Y PABLO COMO MISIONEROS

Considere la vida de Cristo desde una perspectiva misionológica. Jesús también realizó importantes adaptaciones en su vida para adaptarse a la cultura de su «campo misionero». En términos teológicos, esto se denomina el modelo encarnacional. Las implicaciones misionológicas del ministerio de Jesús son enormes.

Cristo dejó atrás la avanzada y gloriosa cultura celestial, y durante 33 años vivió, vistió, comió y adoró como cualquier otro judío del primer siglo. En lugar de adorar al son de los himnos celestiales, adoró al son de la trompeta de cuerno de carnero y los cantos de la adoración en el templo.

Pablo, siguiendo el ejemplo de adaptación de Jesús, expuso sus “métodos”, concluyendo con estas significativas palabras: “Me he hecho todo para todos, a fin de salvar a algunos por todos los medios posibles” (1 Corintios 9:19-22) . Como afirma Ralph Winter: “Dios no requirió que un gentil cometiera un suicidio cultural para convertirse en creyente”.

Tanto Jesús como Pablo, misioneros modelo, adaptaron sus vidas a la cultura y las necesidades de las personas a las que llegaban. Pero más allá de eso, adaptaron la forma en que transmitían su mensaje. Compare las palabras de Jesús a la mujer samaritana (Juan 4) con la forma en que habló a los fariseos. Considere cómo enseñó a la gente común en parábolas basadas en eventos familiares de su vida cotidiana. Examine las palabras de Pablo a Agripa (Hechos 25:25-26:23) y compárelas con la forma en que habló a los reunidos en la sinagoga de Tesalónica (Hechos 17:1-3), a la multitud “pagana” de Listra (Hechos 14:15-17), o a los griegos en el Areópago (Hechos 17:22-32) y vea cómo Pablo presentó las buenas nuevas, siempre teniendo en cuenta la perspectiva, el conocimiento y el trasfondo cultural de su audiencia.

He aprendido mucho desde aquellos primeros días, cuando decidí ser misionera. Al recordar los libros de historias misioneras que leí de niña, estoy convencida de que los buenos misioneros a lo largo de la historia han seguido el ejemplo de Jesús y Pablo, “haciéndose todo para todos”, para poder salvar a algunos. Al fin y al cabo, todo ministro es misionero.



LA INTELIGENCIA ES LA CAPACIDAD DE ADAPTARSE AL CAMBIO

- STEPHEN HAWKING -





EL MISIONERO COMO PEREGRINO CULTURAL

Ser un peregrino cultural puede ser la mejor manera de vivir en esta tierra, ya que nos recuerda que pertenecemos a Dios, no a una cultura en particular.

Como embajador de Cristo, es innegablemente importante que un misionero aprenda a servir de manera culturalmente apropiada en la cultura anfitriona. Los debates sobre cuánto o qué tan poco adaptarse, cuán difícil es adaptarse y qué aspecto debe tener lo “culturalmente apropiado” son comunes.

Menos común es preguntar sobre las implicaciones a largo plazo de la adaptación cultural. ¿Cómo afronta el misionero sus cambios a lo largo de los años? ¿Qué ocurre una vez que ya no se encuentra en la cultura anfitriona? Si los cambios son internos, permanentes y personales, ¿cuáles son las implicaciones para los exmisioneros?

Aculturación vs. Deculturación.

Una mejor comprensión de lo que enfrenta el misionero durante su adaptación cultural se puede obtener del campo secular de la adaptación cultural. Dos términos son clave para comprender el proceso de adaptación cultural: enculturación y asimilación. Si bien en algunas fuentes se usan casi como sinónimos, cada uno tiende a describir procesos diferentes.

La aculturación es el proceso de adaptación a la propia cultura. Esto es lo que experimentó Jesús en su encarnación y nosotros en nuestra cultura de nacimiento. Lo mejor que podemos hacer como adultos es asimilarnos a la cultura de acogida. La asimilación se describe como un proceso doble. Para asimilarse a una cultura de acogida, las personas deben «adquirir gradualmente un nuevo sistema cultural, perdiendo al mismo tiempo parte de su identidad cultural original».

La primera parte de la asimilación es la aculturación; la segunda, la deculturación. El resultado de este cambio se describe como aptitud funcional o el logro de «un nivel deseado de formas apropiadas y efectivas de comunicarse y relacionarse con el entorno de acogida». El resultado de este proceso es la maduración hacia una «personalidad intercultural».

En esencia, todo lleva al misionero al mismo objetivo: adaptarse con éxito a la cultura de acogida, sin perder las raíces en la cultura de origen. Por lo tanto, la pregunta es: “¿Cómo podemos comprender esta identidad transformada, arraigada en más de una cultura?”.

Nunca pertenecer del todo

Recuerdo que Hiebert dijo algo así como “los misioneros siempre son más felices en un avión, porque siempre están volviendo a casa”. Estaba reconociendo el estado en el que terminamos viviendo: el de nunca pertenecer del todo a ningún lugar.

Esta sensación de no pertenencia se hace más evidente cuando el misionero se reintegra definitivamente a su cultura de origen. Así como tomó tiempo adaptarse a la cultura de acogida, también toma tiempo reincorporarse a la cultura de origen.

Al preparar a los estudiantes para trabajar y vivir en una cultura anfitriona, les digo que los estoy poniendo en una paradoja: cuanto mejor preparados estén y más se adapten a ella, más difícil será volver a la normalidad. Es al intentar regresar a casa cuando uno se da más cuenta del cambio interno que se ha producido. Hiebert señala que tanto el misionero como el líder nacional que han formado una comunidad bicultural suelen estar más vinculados a esa comunidad que a la suya propia.

Se necesita una solución. Primero, debemos reconocer que no pertenecemos a ninguna cultura, sino que nos hemos transformado en cada una de las que hemos formado parte. Segundo, debemos descubrir cómo usar nuestra nueva personalidad como una fortaleza, en lugar de verla como una debilidad. Esto nos permite evitar la trampa de criticar nuestra cultura de pasaporte. No pertenecer a ninguna cultura es también el dilema común que enfrentan los Niños de Tercera Cultura (CTC).

¿Existe la mejor manera de lidiar con la multitud de emociones y reacciones al intentar reintegrarse a la propia cultura, o en el caso de los CTC, a la cultura de pasaporte?

Peregrinos Culturales.

Tras ocho años en mi país, tras catorce años de experiencia, he decidido que hay una respuesta bíblica: centrarnos en nuestra identidad como cristianos, que trasciende cualquier identidad cultural. Debemos recordar que estamos en el mundo, pero de alguna manera, como Jesús, no somos parte del mundo (Juan 17:11-16). También debemos reflexionar en las palabras de Hebreos 11:13-16:

Todas estas personas aún vivían por fe al morir. No recibieron las promesas; solo las vieron y las recibieron desde lejos. Y admitieron ser extranjeros y peregrinos en la tierra. Quienes dicen tales cosas demuestran que buscan una patria propia. Si hubieran estado pensando en la patria que dejaron, habrían tenido la oportunidad de regresar. En cambio, anhelaban una patria mejor, la celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les ha preparado una ciudad.

Llamo a esta solución el «Principio del Peregrino». La idea es que un peregrino es alguien que no pertenece realmente a ningún lugar y se siente cómodo con ello, ya que está en un viaje.

Los misioneros son personas transformadas, y esto es positivo. Después de todo, ser transformados por una segunda cultura puede prepararnos mejor para la transformación en Cristo. La personalidad intercultural mencionada anteriormente se caracteriza por el crecimiento, la maduración y la transformación. Todas estas son maneras en que necesitamos cambiar en Cristo.

Además, aceptar la vida como peregrinos culturales nos permite recordar a nuestros hermanos en la fe que, como cristianos, no somos de este mundo y que todos necesitamos transformación.



Dietrich Bonhoeffer nos recuerda que la única certeza que tenemos como huéspedes en la tierra es la palabra de Dios: «Él no me la quitará. Él guardará esta palabra para mí, y en ella me permitirá sentir su poder. Donde la palabra se siente en casa en mí, encontraré mi camino en una tierra extranjera». Ser un peregrino cultural puede ser la mejor manera de vivir en esta tierra, ya que nos recuerda que pertenecemos a Dios, no a una cultura en particular.

Cuando aceptamos que nunca nos sentimos realmente cómodos en ningún lugar, podemos aceptar que no encajamos en ningún sitio. Esto no significa que seamos raros; más bien, que no necesitamos adaptarnos del todo. Me refiero no tanto a la apariencia externa, sino a nuestra identidad interior.

A medida que avanzamos en el camino de la vida, debemos ser conscientes de que estamos en una peregrinación. Como peregrinos, somos libres de dejar de lado aspectos de nuestra cultura de origen; también somos libres de reconocer aspectos de la cultura de acogida a los que decidimos no adaptarnos. Podemos invitar a otros a unirse a nosotros mientras juntos avanzamos hacia nuestro hogar celestial, siendo transformados por Cristo a su imagen.

Ser peregrinos no nos convierte en inadaptados; al contrario, nos hace más aptos para hacer lo que realmente importa en el mundo actual. Como peregrinos, podemos ser quienes mejor podemos:

- (1) acercarnos a quienes han emigrado a nuestra cultura de origen;
- (2) resistir la creciente llamada al consumismo;
- (3) ser ciudadanos leales sin anteponer la bandera a Dios; y
- (4) llamar a la gente a seguir a Cristo de la manera que más importa: estar en el mundo, pero no ser del mundo.

El desafío, como misioneros, es aceptar los cambios internos que ocurren como una forma de vivir como peregrinos culturales en lugar de ver los cambios como desafíos inquietantes.



**TODOS LOS CAMBIOS, INCLUSO LOS MÁS
ANHELADOS, TIENEN SU MELANCOLÍA,
PUES LO QUE DEJAMOS ATRÁS ES UNA
PARTE DE NOSOTROS MISMOS; DEBEMOS
MORIR A UNA VIDA ANTES DE PODER
ENTRAR EN OTRA**



- ANATOLE FRANCE -

NECESITAMOS APRENDER A ADAPTARNOS A CADA CULTURA

Debemos aprender a introducirnos en una cultura diferente a la nuestra, de tal forma que en el futuro, con los nuevos cristianos; fruto del ministerio que Dios nos ha encargado, fundemos iglesias que crezcan. Pablo era experto en ello. Fundó muchas iglesias en Asia Menor y Europa. Él decía:

*“Me **he hecho** a los judíos como judío, **para ganar** a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, **para ganar** a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), **para ganar** a los que están sin ley. **Me he hecho débil** a los débiles, **para ganar** a los débiles; a todos **me he hecho** de todo, para que de todos modos salve algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él” (1 Corintios 9:20-23).*

Las frases “he hecho” y “para ganar” están en negrita a propósito, para que entendamos la importancia de adaptarnos a las culturas nuevas con la finalidad de ser más efectivos para el Señor al ganar almas.

Cuando Pablo predicó en Atenas, usó su conocimiento de la cultura ateniense para dar a entender el Evangelio. Asimismo, él utilizó su conocimiento de la cultura cretense para reprenderlos duramente por dejarse llevar por los pecados propios de su cultura.

Sin embargo, ¡qué difícil es aceptar otras culturas! Se nos hace difícil porque tenemos arraigado en lo más profundo de nuestro ser la cultura de nuestra familia y nuestro país.

Es bueno amar nuestra cultura, lo malo es menospreciar a las otras. Al considerar nuestra propia cultura como la que tiene la razón y juzgar a la otra como inferior, estamos cometiendo un grave error.

Esta conducta, llamada etnocentrismo, es una gran barrera interna a la que nos enfrentaremos al ser enviados a otras naciones. Por el contrario, el multiculturalismo consiste en considerar cada cultura como valiosa en sí, sin menospreciarla en sus distintas formas. Pablo era multicultural, es decir, no fue etnocéntrico.

Si no respetamos la nueva cultura vamos a alejar a los posibles nuevos creyentes. Actitudes de menosprecio, juicio, rechazo o burla hacia la nueva cultura son totalmente contrarias a lo que Dios quiere de nosotros. Al querer penetrar en la nueva cultura, tendremos choques todos los días.

¿Qué actitud vamos a tomar ante cada choque?

**TU VIDA NO MEJORA POR
CASUALIDAD, MEJORA CON
EL CAMBIO**

-JIM ROHN -





¿QUÉ TAN BIEN TE ADAPTAS, FLEXIBILIZAS Y AJUSTAS A OTRAS CULTURAS?

“ ¡Flexible!”, exclamó el líder del equipo en voz alta. Mi amigo Tim dirigió muchos viajes misioneros cortos. Flexible es su palabra favorita. Cuando recibimos a los equipos que él dirigía, notamos que esta palabra se usaba con frecuencia.

Aprender a ser flexible, estar dispuesto a adaptarse y ser capaz de ajustarse son actitudes y habilidades que conducen a un trabajo intercultural fructífero.

Adaptarse a otras formas de pensar y actuar no es fácil. Casi cualquiera puede adaptarse durante unas semanas en un viaje corto. Adaptarse a otra cultura, a largo plazo, requiere gran determinación.

¿Estás dispuesto a dejar atrás tus propios caminos, paradigmas y cosmovisión para interactuar de manera significativa con quienes deseas alcanzar?

Esto determinará la profundidad de tu impacto misionero. Es mucho más que estar dispuesto a comer comida extraña, aunque eso es importante. Esto tiene que ver con desarrollar humildad cultural y un espíritu acogedor. Exige que nos arrepintamos del orgullo y dejemos de lado nuestro deseo de tener el control. No es fácil, pero nos moldea a la semejanza de Cristo.

VISITA A UN TRABAJADOR CAMBOYANO

Mi aprendiz llevaba seis meses en Camboya. Durante su formación, le habíamos enseñado sobre la adaptación cultural y su importancia. Al principio, fue divertido y emocionante vivir en un nuevo país. Eso pronto se le pasó. Ahora extrañaba su hogar, sobre todo su propia comida.

Siendo de la tierra de las especias, muchas de las cosas que podrían molestar a un occidental no le resultaban difíciles. Lo difícil era la comida. “¿Por qué sería eso un problema?”, me preguntaba. El arroz y las salsas sabrosas... ¡me parecían similares! A él, no.

Cuando llegué, estaba en una profunda lucha. Mientras lo indagaba, soltó su problema: “No entiendo por qué tienen que ponerle azúcar al curry. ¡Esa no es la manera correcta de prepararlo!”.

Tendemos a creer que nuestra forma de cocinar, comer, pensar, relacionarnos... en definitiva, de hacer todo, es la correcta. Hasta que no superas esto, es muy difícil adaptarse.

Porque en virtud de la gracia que me es dada, digo a cada uno de vosotros: No tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino piense de sí con moderación, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

Romanos 12:3 NVI.

7 ÁREAS QUE NECESITAS AJUSTAR Y ADAPTAR

Alimento

Esta es una de las maneras más fáciles en muchos sentidos, aunque, como en el ejemplo de mi amiga india, puede volverse difícil con el tiempo. No solo debes estar dispuesta a probar nuevos alimentos, sino que debes dar el siguiente paso y aprender a cocinarlos. Deja que sus alimentos habituales se conviertan en lo que tú también comas con frecuencia. La comida es un gran puente hacia los corazones de las personas a las que quieres llegar.

Ropa

Cada uno tiene su estilo distintivo de vestir. Adaptarse a una forma de vestir completamente distinta es difícil. Para alguien que nunca ha usado un trozo de tela envuelto en la cintura, se siente extraño.

Vestir ropa nacional, incluso cuando quienes te rodean se han occidentalizado, demuestra amor por la cultura de quienes quieres alcanzar. Comunica... ¡Me gustas tú y tu gente!

Idioma

Incluso aprender algunas frases en otro idioma abre corazones. Cuando hablas bien y con fluidez, tienes muchas más probabilidades de ser aceptado como alguien de confianza. Esto requiere mucho esfuerzo y tiempo. Recomiendo aprender un idioma de una manera que construya relaciones a largo plazo. ¡Aprender un idioma puede ser un verdadero ministerio!

Velocidad y tiempo

Lo admito. Esto puede ser difícil para mí. Hacer las cosas rápido y tacharlas de mi lista es mi preferencia personal. Se me ha exigido mucha flexibilidad en este aspecto.

Es fácil enojarse cuando las cosas no suceden rápidamente y no se alcanzan nuestros objetivos. Ya sea por esperar en una fila larga y abarrotada o por la ineficiencia con la que se hacen las cosas (desde tu perspectiva), tendrás que adaptarte. Lo mismo ocurre a la inversa. Quizás ahora trabajas en un país occidental donde la rapidez y la eficiencia son muy valoradas por quienes te rodean.

Otro factor a tener en cuenta es el significado de ser puntual. Para una persona de Suiza o de los Países Bajos, ser puntual significa llegar cinco minutos antes. En algunas culturas, se puede llegar varias horas tarde y aun así se considera puntual.

Debemos estar dispuestos a renunciar a nuestras preferencias y a adoptar los patrones de las personas con las que trabajamos. En Tailandia, donde vivo desde hace algunos años, no hay nada más desagradable para ellos que una persona insistente, agitada y con prisa. Tu testimonio puede verse destruido en cuestión de segundos debido a tu incapacidad para ser flexible con el tiempo.



Estructuras de autoridad

Si vienes de un país con procesos democráticos, naturalmente preferirás ese estilo. Quienes provienen de culturas jerárquicas se sienten más cómodos cuando hay un líder de mayor edad al mando. “¿Por qué me preguntan constantemente qué quiero hacer? ¡Ellos son los líderes!”, podrían pensar los miembros del equipo local.

Aprender a adaptarse a la estructura de autoridad de la cultura en la que trabajas te ahorrará mucho estrés. Reconoce las diferencias y deja de juzgarlas. No son correctas ni incorrectas, simplemente diferentes.

Procesos de toma de decisiones

La forma en que se toman las decisiones es algo muy cultural. En algunas culturas, la persona de mayor edad toma la decisión final. Otras culturas son comunitarias. Nada se decide hasta que haya un consenso total. No asuma que la forma en que su cultura toma decisiones es la mejor para el contexto en el que se encuentra. Observe cómo se deciden las cosas entre su gente y déjese llevar por ella. Logrará mucho más así que si intenta imponer un proceso culturalmente diferente.

¿Qué se considera valioso?

Este es otro tema clave de cosmovisión. Lo que considerabas más valioso puede no ser lo que ellos consideran importante. Adapta tu actitud. Valora y estima lo que ellos valoran, y no solo te apreciarán y confiarán en ti, sino que también será fructífero.

He aquí un ejemplo. Algunas culturas valoran mucho la educación. Decirles a los padres chinos o coreanos que la educación no debería importarles no dará frutos. En cambio, ¿por qué no demostrarle su valor ofreciendo clases particulares a sus hijos como una forma de forjar relaciones? En lugar de resistirse a una norma cultural, pueden adaptarse a ella y usarla para el Reino.

4 CONSEJOS RÁPIDOS PARA LA ADAPTACIÓN, LA FLEXIBILIDAD Y EL AJUSTE INTERCULTURAL

1. Sepa por qué se está adaptando. Es una ofrenda de amor al servicio de Cristo.
2. Arrepiéntase del orgullo cultural. Todos lo tenemos. Pídele a Dios que use esa influencia para transformarte a su imagen.
3. Pídele ayuda a Dios. No puedes solo. ¡Él está listo para ayudarte!
4. Apóyese en la sabiduría de sus socios locales. Los amigos de la cultura a la que sirve le animarán y le ayudarán a ser flexible y adaptable a su nuevo contexto.

NO ES ALGO DE UNA SOLA VEZ

Aunque quisiera poder decirte que después de unos años estarás bien, no puedo. La disposición a ser flexibles, adaptarnos y adaptarnos a nuevas culturas es algo que dura toda la vida si deseamos ser una persona misional. Nos mantiene apoyándonos en Dios y caminando con humildad, pidiendo constantemente su ayuda.

**Y LAS PERSONAS MÁS EXITOSAS SON
AQUELLAS QUE ACEPTAN Y SE ADAPTAN AL
CAMBIO CONSTANTE. ESTA ADAPTABILIDAD
REQUIERE UN GRADO DE FLEXIBILIDAD Y
HUMILDAD QUE LA MAYORÍA DE LA GENTE
NO PUEDE ALCANZAR**

- PAUL LUTUS -





¿POR QUÉ LAS PERSONAS NO SE ADAPTAN A UNA NUEVA CULTURA?

Quisiera centrarme en una de las razones por las que no logramos adaptarnos a una nueva cultura, pero antes de hacerlo supongo que debería enumerar algunas otras razones.

#1. Etnocentrismo involuntario.

Se trata de la creencia de que “nuestra manera es la única”. Esto puede ser involuntario porque la persona proviene de un entorno monocultural, quizás con una homogeneidad de creencias y comportamientos. Creo que esta opción es probablemente menos común hoy en día. Internet y el aumento de los viajes hacen que la experiencia con otras culturas sea mucho más común.

Además, cuando uno se muda a otra cultura, a menos que sea casi completamente irreflexivo, eventualmente tomará decisiones intencionalmente.

#2. Etnocentrismo intencional.

Es la creencia de que «nuestra manera es la mejor». En este caso, la persona ha considerado adaptarse, pero decide no hacerlo porque cree que su cultura de origen es mejor.

#3. Colaboración local.

Me estoy inventando este término, pero lo he visto mucho. Cuando un extranjero se integra a una cultura local, los lugareños suelen apoyar que se mantenga su identidad. Esto se hace especialmente en culturas con una fuerte hospitalidad. Por eso, los lugareños se esfuerzan por hablar, o intentar hablar, en el idioma del extranjero, para que no se sienta incómodo y tenga que aprender el idioma local.

Otras cosas pueden incluir asegurarse de que el extranjero tenga cuchara y tenedor, o que se le proporcione un alojamiento que se ajuste a su entorno familiar. Estas medidas se hacen para ser útiles, pero ralentizan la adaptación.

#4. Vinculación con expatriados.

A menudo, cuando un extranjero se integra a una nueva cultura, otros extranjeros suelen acoger a la nueva gente. Esto se supone que es agradable, pero es como el anterior.

Los misioneros se adaptan más rápido si no se conectan con los misioneros en el campo.

Estoy seguro de que me faltan muchos otros, pero quiero dedicar más tiempo a uno.

#5. Mantener las ventajas de ser diferente.

En este caso, la persona mantiene intencionalmente su diferencia, pero no necesariamente por etnocentrismo. Más bien, se observan ventajas al mantener cierta forma de extranjería. Esto facilita algunos trabajos.

Si alguien tiene un restaurante étnico, practica medicina ayurvédica, yoga o artes marciales, puede haber ventajas económicas si su imagen es más extranjera que local.

Un ejemplo bastante desagradable se da en el ámbito del mantenimiento del desequilibrio de poder. Lesslie Newbiggin ofrece un magnífico ejemplo de ello en su libro «La Finalidad de Cristo», en una carta de un gobernador colonial británico en la India fechada en 1798.

Preservar la supremacía que nuestro carácter nacional ha adquirido sobre las mentes de los nativos de la India debe ser siempre de importancia para el mantenimiento del poder político que poseemos en el Este; y estamos bien persuadidos de que este fin no se logrará ni con un desprecio de las observancias externas de la religión o con cualquier

asimilación a las costumbres y opiniones orientales, sino más bien conservando todas las distinciones de nuestros principios, carácter y usos nacionales.

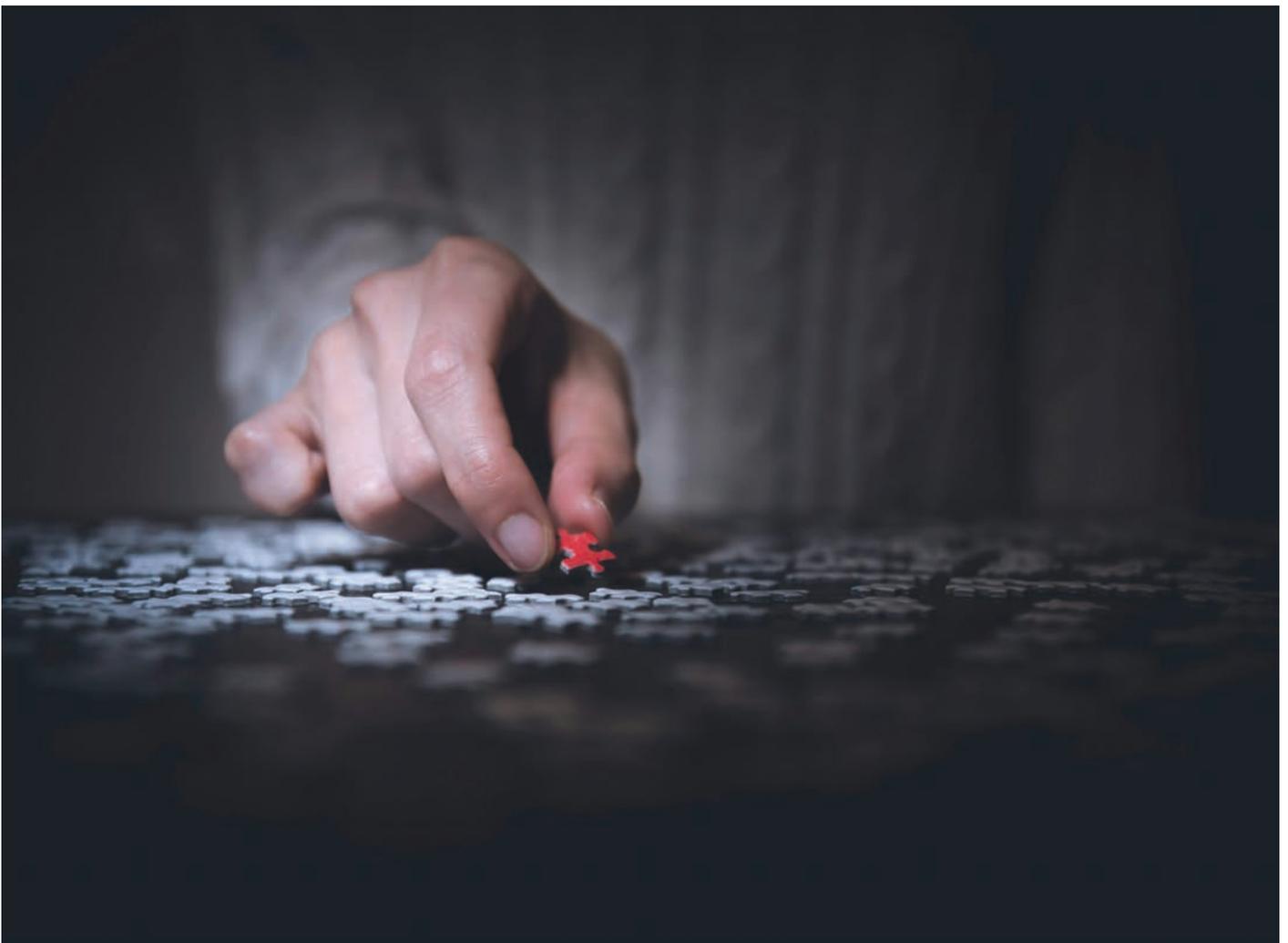
En esencia, el escritor parece decir que los británicos pueden mantener a los nativos bajo su control si los ven como diferentes, misteriosos y superiores. Si los británicos comienzan a adaptarse a la cultura india, los lugareños podrían comenzar a verlos como “igual que nosotros”.

Esta carta no refleja una actitud única. Era el consejo de la época. Todavía puede ocurrir hoy si no prestamos atención.

Los líderes religiosos también suelen apoyar cierta diferencia: vestirse de forma diferente, actuar de forma diferente, etc. Después de todo, el Papa, a lo largo de la historia, ha evitado ser visto comiendo en público, no porque no necesite comer. Más bien, existe el objetivo de pensar que el Papa “no es realmente como nosotros”, y compartir una comida lo debilita.

En realidad, Jesús estaba bastante molesto con los líderes religiosos de la Judea del primer siglo, y esto se debe en gran medida a su deseo de mantener una fachada falsa ante otras personas con la esperanza de que esa alteridad se interpretara como santidad.

Los misioneros también pueden caer en esta situación. En definitiva, el ejemplo de Jesús fue muy diferente. Él era Dios con nosotros de una manera tan literal que fue seguido incluso comportándose en muchos sentidos como «uno de nosotros».



**CUANDO NOS PERMITIMOS
ADAPTARNOS A DIFERENTES
SITUACIONES, LA VIDA ES MÁS FÁCIL**

- CATHERINE PULSIFER -



ENTENDIMIENTO TRANSCULTURAL

Es muy común que los misioneros lleguen al campo pensando que apenas llegan van a dar en vez de recibir, o que deben enseñar en vez de aprender; o que basados en su experiencia ministerial o conocimientos van a hacer algo para Dios. Hay siete pasos que te ayudarán a desarrollar actitudes de adaptación transcultural:

1. Aprende el lenguaje para utilizarlo.

El idioma es la llave para envolverte mejor en la nueva cultura. Aunque no puedas hablar perfectamente la lengua, tus esfuerzos por intentar comunicarte son y van a ser muy apreciados. Aprender una lengua requiere repetir, preguntar para que te expliquen y pronuncien y volver a comprobar.

2. Estáte atento.

Mantén una actitud de estar alerta y dispuesto a aprender; no asumas que conoces todo y que dominas todas las situaciones. Escucha, observa detenidamente, presta atención a la comunicación no verbal.

3. Suspende y elimina todo tipo de juicios y etiquetas.

Nuestra tendencia es etiquetar todo como bueno o malo. Observa y describe, acepta y evalúa, pero que esto no sea un impedimento para entender y participar plenamente en la nueva cultura.

4. Trata de empatizar.

Significa ponerse en el sitio de la otra persona e intentar mirar las situaciones bajo o desde su perspectiva. Que tal vez sea muy distinta a la tuya.

5. Reconoce y acepta que la ansiedad es algo natural y normal.

Cuando intentamos comunicarnos dentro de otra cultura y con otra lengua las cosas no suelen ser fáciles. En el proceso de comunicación se van a producir momentos de estrés debido al propio ejercicio de comunicar y entender. Sé abierto, ríete de tus propios errores, que no te importe correr riesgos...todo esto te ayudará a aceptar y disminuir la ansiedad.

6. Sé honesto.

Si estás confundido o no has entendido es mejor admitirlo que pretender que todo está bien.

7. Trata de involucrarte en la cultura.

Muestra deseos de aprender sobre la gente y su cultura, participando en su vida diaria, en su comunidad. Aprovecha las oportunidades para compartir sobre tu trasfondo, sobre ti mismo. Aprovecha e involucrate en actividades que puedan mostrarte formas de comportamiento que te ayuden a involucrarte más con la comunidad (probar su comida, bailar sus bailes, etc.).

**NO PUEDE HABER VIDA SIN CAMBIO,
Y TENER MIEDO DE LO DIFERENTE O
DESCONOCIDO ES TENER MIEDO DE
LA VIDA**

- THEODORE ROOSEVELT -



EL EVANGELIO ES SUPRACULTURAL

No podemos olvidar que el Evangelio es supracultural, es decir, está por encima de todas las culturas de la tierra. Si bien es cierto que se va a respetar cada cultura que sea diferente a la cultura del misionero y no se va a intentar que se reproduzca la cultura del mensajero.

La cultura y la cosmovisión que sí debe ser enseñada y vivida, tanto por el misionero como por los habitantes del campo; es la cultura y la cosmovisión del Reino de Dios, en eso radica la transformación.

Cada cultura tiene cosas positivas y negativas. Y si después de años de ministerio entre ellos, las personas no han cambiado su forma de ver el mundo ni viven conforme a las Escrituras, entonces tu trabajo no está completo. No podemos respetar prácticas, ideas y costumbres que violan claramente los principios de Dios para la humanidad, por más culturales que éstas sean.

El misionero es como el atalaya que advierte del peligro, si la gente se arrepiente y cambia en lo profundo de su ser por la obra del Espíritu Santo, habrás librado la sangre de esas personas de tus manos; pero si no les adviertes y al final ellos se van de la tierra sin nacer de nuevo o viviendo únicamente una vida religiosa y sin santidad, Dios demandará de ti la vida de esas personas que no fueron amonestadas.



**TODOS PIENSAN EN CAMBIAR EL
MUNDO, PERO NADIE PIENSA EN
CAMBIARSE A SÍ MISMO**

- LEÓN TOLSTOI -



